

mingo mas de un cuarto de hora, y esta orden sostuvo con gran rigor, menos cuando el predicador mezclaba en su sermón alusiones al mundo gentilicio ó invocaba directamente divinidades paganas, lo cual tambien sucedia, con gran disgusto y observaciones satíricas de alguno de los asistentes. Era cosa de buen tono entonces hacer burla de la religion cristiana, calificándola de engendro de engañadores astutos. Así se explica que en tiempo de este papa se sacrificara todavía siguiendo una antigua tradicion, un toro, en cierto dia del año; que un ciudadano distinguido de Roma colocara, en ocasion de una procesion, delante de la puerta de su casa, una estatua de Venus con la inscripcion: *Mars fuit, est Pallas, Cypris semper ero*, que puede tomarse por una mofa de la divinidad y virginidad de María, ideal de pureza; que al celebrar la restauracion de una cisterna en el Capitolio se pronunciara esta oracion: «Nosotros hemos hecho el receptáculo, llénalo ahora, oh Júpiter, con agua del cielo, y protege á los encargados de tu montaña;» y que, finalmente, en el entierro de Bibbiena dijera el orador: «No investigamos á qué punto del Olimpo te ha llevado tu inmortal virtud, en cuádriga de oro; pero cuando recorras los mundos celestes para ver á los héroes, no te olvides de replicar al rey del cielo y á todos los demás dioses, que añadan á la vida de Leon los años que la Parca impía ha quitado á Julian de Médicis y á tí, si quieren conservar el culto que se les dedica en la tierra.»

Es en verdad una de las mayores ironías de la historia que el papa á cuya vista, y lo que es mas, con cuyo beneplácito se pronunciaban semejantes oraciones, fuese celebrado por sus parciales como el primer soberano y único representante verdadero de la cristiandad, superior al emperador, mas que lo es el oro al plomo; tanto que el emperador, segun se lee en un libro de aquella época, debido á la pluma de Silvestre Prieria, «con todas las leyes y con todas las naciones cristianas juntas, nada podria contra la voluntad del papa.»

Este Silvestre Prieria era uno de los varones mas devotos y mas fanáticos de la corte de Leon X, siempre dispuesto á defender á su señor y al papado en general, como lo hizo contra Reuchlin y Lutero, quedando vencedores él y su defendido, contra ambos antagonistas, por lo menos á primera vista. Estas victorias eran, sin embargo, como las de Piro, porque la controversia con Reuchlin tuvo por consecuencia destruir en las personas instruidas la autoridad del papa y de sus ministros, y la reforma religiosa arrebató definitivamente á la Iglesia romana la Alemania y una gran parte de Europa. Leon X estaba muy léjos de sospechar semejantes consecuencias trascendentales porque seguramente ignoraba «el idioma bárbaro alemán» y lo que en él se escribia contra el clero de Roma, prefiriendo el incienso que quemaron en su obsequio sus cortesanos y parciales. Por lo demás, estos que tanto le ensalzaban en vida, apenas hubo espirado dirigieron sus miradas y elogios á su sucesor.

Leon X murió el 1.º de diciembre de 1521, habiendo recibido poco antes noticia de una victoria de las tropas imperiales, que entonces eran sus aliadas. Resistióse á la muerte y dijo á los que le rodeaban: «Orad por mí, y os haré todavía á todos felices.» Muchos le contestaron con sonrisa, de cariño todavía, pero con la mirada escudriñadora fija en el moribundo para espiar el momento deseado en que pudiesen arrojar la máscara molesta y trocar la sonrisa adulatoria en escarnio repugnante. Se cuenta que solo estuvo junto al lecho del papa una persona, fray Mariano, el bufon que habia servido de objeto de risa y divertido con sus bufonadas á Leon X, al cual á la sazón en tan supremos instantes no cesaba de decir al oído: «¡Acordáos de Dios, santísimo padre!» á lo cual contestó suspirando el moribundo: «¡Dios bueno!» palabras que repitió por tres veces.

Apenas se supo que habia muerto, salieron á luz folletos y se pronunciaron discursos contra el difunto; los panegiristas y aduladores callaron, y en lugar de alabanzas exageradas, resonó una voz que resumió la vida del papa difunto en estas palabras: «Te introdujiste como un zorro, gobernaste como un leon y has muerto como un perro.»

## CAPITULO XVI

### DECADENCIA DEL RENACIMIENTO EN ITALIA

Adriano VI, sucesor de Leon X, fué en todo el reverso de este; miraba las artes con desprecio, las producciones literarias no le interesaban; en lugar de la ostentacion fastuosa, prefirió una vida tan sencilla que teniendo á su disposicion el mas hermoso palacio de Roma, se hizo arreglar una casa modesta y ordinaria para establecerse en ella; y finalmente, siendo extranjero, exhibió en lugar de entusiasmo patriótico nacional italiano, la mayor indiferencia respecto de todo lo que se referia á la Italia, al paso que apreciaba todo lo extranjero.

Adriano habia nacido en Utrecht, en los Países-Bajos, el 2 de marzo de 1459, y era de consiguiente para los italianos, que no distinguian entre holandeses y alemanes, uno de estos *bárbaros*, y por mas señas y mayor desgracia, «instrumento de S. M. el emperador.»

No obstante deber al emperador su elevacion á la silla de San Pedro, veló por la independencia del papado y se dolió profundamente al ver extenderse mas y mas por toda la Italia las huestes alemanas, que eran una verdadera calamidad particular y pública para el país. Si grande era el daño que causaron por donde pasaban y donde asentaban sus plantas, mayor peligro ofrecian á los ojos del papa las sectas heréticas alemanas, que Adriano se propuso combatir y exterminar, si posible era, con todas sus fuerzas. De lo vano de este propósito se convenció luego el papa, porque para realizarlo eran menester dos cosas imposibles en aquel tiempo: una reforma de la Iglesia y otra del espíritu irreligioso de las clases altas y bajas de la sociedad. Quería, segun habia dicho ya en España, «proveer de gente las iglesias, no de iglesias á la gente.» Un documento histórico curioso del estado de la Iglesia y del vivísimo deseo que animaba á Adriano de reformar las costumbres del clero, es la instruccion que dió en 1522 al nuncio Chieregati cuando le envió á Nuremberg, en la cual se lee lo siguiente: «Sabemos que desde hace años han venido ocurriendo en torno de la Santa Sede cosas abominables, abusos en lo espiritual, extralimitaciones en los mandatos y un maleamiento general. Así no es extraño que el mal se haya extendido de la cabeza á los miembros, de los papas á los prelados y sacerdotes mas inferiores. Nosotros todos con el clero nos hemos apartado de nuestro camino; nadie ha hecho cosa buena desde muchísimo tiempo, y urge, por lo mismo, que honremos á Dios, que humillemos nuestras almas ante él, y que cada uno vea de dónde le ha venido el mal.» Esta reaccion no produjo efecto en el alto y opulento clero italiano, ni en la sociedad italiana en general; y tanto fué así que cuando, en 14 de setiembre de 1523, murió este papa reformador, se celebró su muerte como un suceso fausto. Los enemigos del difunto pusieron en la casa de su médico de cabecera esta inscripcion: «El senado y el pueblo felicitan al libertador de la patria.» Un literato dijo: «Si este acérrimo enemigo de las musas, de la elocuencia y de todo lo bello hubiese vivido mas, forzosamente habríamos vuelto al tiempo de la barbarie goda.»

Ya en vida de Adriano habia escrito un personaje político de mucha importancia: «Roma ya no es la misma. Libres de

una peste, hemos caido en otra peor. Este papa no hace caso de nadie; no se ve ni una muestra de munificencia; todo el mundo está desesperado.» El satírico Francisco Berni, á quien ya conocemos como autor del *Orlando enamorado*, se burló, como los demás satíricos, de Adriano en una poesia en que reconviene á Leon X por haber hecho cardenal á semejante hombre. Despues cita los nombres de las personas que llegaron con Adriano á Roma cuando su eleccion, diciendo que para pronunciarlos se necesita echar la lengua fuera de la boca, y que el único bien que el nuevo papa (Adriano) podia hacer á los italianos, era volverse á su país.

No fueron solamente el celo religioso ni la severidad tocante al cumplimiento de sus deberes de cabeza de la Iglesia y de todo el clero, ni la vida propia de un santo que llevó este papa, los que excitaron contra él á sus contemporáneos italianos, sino principalmente sus resabios de bárbaro germánico, el acento rudo extranjero con que pronunciaba el latin, la ninguna atencion que le merecieron los literatos, cuyo mérito principal se concentraba cabalmente en manejar la lengua latina con soltura y elegancia, su desprecio de todo boato, y en general de las exterioridades que no tenian que ver con la religion y que le parecian propias del paganismo. Por eso prohibió que le erigiesen arcos triunfales ó hiciesen otras demostraciones de este género cuando su entrada en Roma, y por la misma razon no tuvo el menor respeto ni menos veneracion á los restos de la antigüedad. Estos eran los crímenes que le enajenaron las simpatías de los italianos, y aun de la posteridad. A fuer de *bárbaro*, no tenia la menor idea del espíritu de la época y del pueblo entre el cual vivia; obstruyó el acceso al Belvedere, y cuando le enseñaron el grupo magnífico de Laocoonte, apartó la vista con desprecio diciendo: «¡Ídolos de paganos!»

Con semejante papa era, en efecto, de temer que la barbarie verdadera se apoderara otra vez de Roma y de toda la Italia.

Con su sucesor Clemente VII, conocido antes por Julio de Médicis, volvió á entrar en el Vaticano el genio de aquella casa. Un diplomático veneciano habia dicho de él, en vida de Leon X, del cual fué consejero íntimo despues de ser elevado sucesivamente á arzobispo de Florencia, cardenal y canciller de la Iglesia, que «era un gran genio y tenia un gran corazón.» Como papa tuvo que dar pruebas tambien de gran valor y de perseverancia en la adversidad. Respecto á las artes y letras, escribió de él uno de sus contemporáneos, expresando la opinion general de los italianos: «Espérase que las bellas artes, ahuyentadas por la barbarie pasada, recobren su puesto, porque los Médicis cifran su orgullo en fomentar las ciencias y las artes.»

Tocante á la política exterior, especialmente á las relaciones del papado con el emperador de Alemania, no hubo por lo pronto indicios de variacion, porque el embajador imperial escribió á su soberano: «Médicis es hechura vuestra; ahora es tan grande vuestro poderío que podrá trasformar las piedras en obedientes hijos.»

No se cumplieron del todo ni uno ni otro augurio. Clemente VII quiso ser político independiente y se rebeló contra el emperador, al cual debia la tiara; pero esta tentativa tuvo consecuencias tristísimas para Roma y para la civilizacion italiana. El emperador aprovechó su victoria de Pavía para castigar al papa discolorado y hacerle perder sus humos de soberano independiente, con la toma y saqueo de Roma en 1527. El papa huyó á Orvieto, de donde regresó tan luego como se hubo decidido afirmativamente la cuestion, puesta en tela de juicio, de la continuacion del poder temporal de los papas; pero tuvo que someterse al emperador, y poco antes de su muerte, que ocurrió el 25 de setiembre de 1534, confesó en

EL RENACIMIENTO

una carta que únicamente al emperador debia la suprema dignidad apostólica.

Tampoco el movimiento intelectual pudo felicitarle de una edad de oro. Verdad es que Clemente reunió á su alrededor una pléyade de talentos y los conservó á su lado hasta en los tiempos mas adversos, como cuando estuvo encerrado en el castillo de Sant-Angelo. Allí los ocupó en la correspondencia y redaccion de exposiciones y peticiones diplomáticas, dirigidas al emperador y á otros soberanos como los reyes de Francia é Inglaterra, á cuyos buenos oficios debió la estipulacion de un arreglo con el emperador, que no llegó á cumplirse porque el papa consiguió evadirse antes. Pero el mal para la civilizacion italiana fué que ya por un motivo, ya por otro, no pudo Clemente, con la mejor voluntad y disposicion del mundo, proteger las artes y letras ni á sus representantes en la medida que lo habian hecho otros miembros de su familia. El saqueo bárbaro del año 1527



Maquiavelo.  
Busto de barro cocido. Encuéntrase en el Museo de Berlin

habia dispersado al gran número de artistas y doctos que se habian juntado en Roma, y que jamás volvieron á reunirse allí.

Ante la invasion brutal de Carlos V con sus rudas huestes cerróse la delicada flor de las artes y letras, que apenas habian renacido y cobrado algun vigor. Sin embargo, antes de cerrarse este período brillante de la inteligencia humana, Italia produjo todavía algunos varones notabilísimos cuyos nombres no podemos pasar en silencio porque completan el cuadro de aquel tiempo y en parte estuvieron relacionados con el mismo papa Clemente VII. Estos hombres son los celebérrimos Nicolás Maquiavelo, Pedro Aretilino y Benvenuto Cellini.

El primero, Nicolás Maquiavelo, nació en el año 1469 y murió en 1527, de suerte que su actividad principal como autor cae en los pontificados anteriores al de Clemente VII, aunque mantuvo tambien relaciones con este último, pues que le aconsejó despues de la batalla de Pavía la creacion de una milicia nacional y le propuso la cooperacion de Juan de Médicis, jefe de «las bandas negras,» es decir, de bandas de aventureros que vivian sobre el país, vendiendo su cooperacion á quien mejor las pagaba. Además le propuso activar las obras de fortificacion de Florencia, todo para rechazar á los invasores extranjeros. El papa, aunque poco dispuesto á utilizar estos consejos, recompensó al autor, á quien



ya, había auxiliado, cuando era solo cardenal, con una subvención anual de cien ducados, á fin de que pudiese continuar trabajando con desahogo en su historia de Florencia. Maquiavelo la había emprendido bajo los auspicios del mismo Julio de Médicis y le dedicó la obra cuando la tuvo concluida.

Con esta misma obra, escrita en italiano y titulada por su autor: *Le historie fiorentine*, abrió Maquiavelo una nueva era á la historia, porque huyendo por un lado del carácter de simple crónica, que sin pretensiones literarias se limita á referir los hechos á medida que ocurren, y por otro de las historias de los escritores humanistas, que ponen todo su empeño en el lenguaje castizo y en la fraseología elegante, descuidando el color local y el carácter de la época, describe los sucesos escudriñando sus causas, analizando el carácter de los actores, siguiendo la marcha de los partidos políticos y explicando su origen y su desarrollo. Su propósito era escribir la historia de Florencia desde 1434, año de la vuelta del destierro de Cosme de Médicis, y continuarla probablemente hasta su propia época; pero en realidad describió en los ocho libros los sucesos históricos de Florencia y los que ocurrieron fuera de esta república hasta el año 1492. En la introducción fija los períodos de la historia de Italia hasta el siglo xv de una manera tan acertada que todos los historiadores posteriores de talento han admitido y seguido la misma división, so pena de ser tachados de faltos de buen criterio. En la segunda parte, que comprende los libros 2.º, 3.º y 4.º, trata del desarrollo de la constitución de Florencia, y en la tercera, ó sea en los libros restantes, describe las guerras extranjeras. Esta tercera parte debió de ser una adición del autor para no tener que ocuparse siempre de los Médicis, lo cual no habría podido eludir si hubiese continuado la historia interior de Florencia, pero al propio tiempo habría tenido que hablar de cosas muy delicadas que no era prudente tratarlas queriendo dedicar la obra á un descendiente de aquella poderosa familia, si bien no era Maquiavelo partidario suyo á todo trance.

No consiste el mérito de esta obra en haber aprovechado documentos originales y desconocidos, pues como ha demostrado recientemente Villari, Maquiavelo, para cada uno de los ocho libros de su historia se valió de otras obras, copiando algunas poco menos que literalmente, entre las cuales podemos citar, porque en otra parte hablamos de estos autores, las de Juan Villani, Flavio Biondo y Juan Cavalcanti. Tampoco se distingue la obra por la exactitud y abundancia de datos ni por la buena distribución, pues tiene cabalmente los defectos contrarios. Lo que constituye su mérito principal es el estilo original, pulido, seguro y fluido, que no trata de imitar á este ó aquel modelo, sino que brota naturalmente del genio que lo dicta y sabe lo que tiene que dictar. Otro mérito consiste en el talento del autor de ver y exponer las causas, condiciones y sucesivo desarrollo de los sucesos; y finalmente, distingue á la obra el espíritu que la anima, que es el entusiasmo por la libertad política y religiosa, y que tan pujante se presenta que no encontró en ella cabida la adulación servil á la poderosa familia de los Médicis, á pesar de estar dedicada la obra á un papa, último vástago de la misma familia y protector de la obra y del autor. Manifiéstase este entusiasmo, principalmente, en la descripción de las luchas entre los emperadores de Alemania y los papas, que da lugar al autor á calificar duramente y en términos violentos la ambición y egoísmo mundano de muchos pontífices. Este carácter político de la obra condució al autor, apoyado en los hechos históricos expuestos, á presentar como remedio de los males de Italia la creación de un ejército compuesto de milicias nacionales, mandado por caudillos

peritos y probados é interesado directamente en la defensa enérgica de la patria contra los potentados extranjeros, en la reducción del poder de los papas y en el imperio de la ley y de la justicia, baluartes de la libertad.

La *Historia de Florencia* viene á ser el complemento y remate de dos obras políticas que Maquiavelo había publicado anteriormente, ambas en el año 1513, y á las cuales la historia ha dado una celebridad universal, el libro: *El Príncipe*, y los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*. Esta última obra no estaba completa cuando el autor la publicó por primera vez, ni llegó nunca á completarse, á pesar de las añadiduras posteriores y repetidos arreglos con que Maquiavelo la mejoró sucesivamente. En ambas obras expone Maquiavelo teorías políticas prácticas, aplicadas al estado de la Italia de su tiempo, y no soluciones generales, como se ha tenido la costumbre errónea de considerarlas.

Los *Discursos* tratan, en tres libros, de la fundación y organización interior de las sociedades políticas, y particularmente de las repúblicas, de los medios de engrandecerlas, de su crecimiento, de las modificaciones paulatinas á que están sujetas, de su transformación y de su decadencia. Distingue tres maneras de fundar Estados, la de los etruscos, que consiste en una unión íntima y fuertemente eslabonada de municipios autónomos; la de los romanos, que eleva los pueblos sometidos al nivel del pueblo dominante con la limitación de que este último continúe siendo el núcleo y centro del gobierno, y finalmente, la manera de los atenienses, que reducen á los vencidos á la condición de siervos. Para fundar una sociedad política es indispensable, según Maquiavelo, un individuo dotado de genio grande, de vigor, sábio y revestido de un poder absoluto é ilimitado, que determine el carácter del Estado que funda. Establecida esta condición primera, pasa Maquiavelo á determinar los detalles de la organización del Estado, y luego da reglas minuciosas para las empresas guerreras de la nación. La parte más importante de los discursos son los principios generales que contienen y que el autor deduce de sus ideas republicanas y humanistas, lo cual le lleva á inclinarse á los principios de los antiguos, sin llegar, como algunos creen, á ser imitador de Aristóteles, ni menos á plagiarle. La misma tendencia le hace también cristiano flojo, porque no reconoce la autoridad de la Iglesia y presenta dudas respecto de la verdad de la religión cristiana. Conviene como esta en la perversidad del mundo, pero no comparte sus ideas sobre la moral y la virtud, porque la primera no es para él una cosa fija, general é invariable, ni mucho menos puede ser determinada exclusivamente por los mandamientos de la religión, sino que es una cosa que varía con los tiempos, países y circunstancias locales. Tampoco, en su concepto, es la moral un principio fundamental de la política, la cual solo busca y necesita la realización de su propósito, cuyo logro justifica entonces los medios empleados, por tortuosos, astutos y brutales que fueren. Por esto niega Maquiavelo la virtud, es decir, la que practica constantemente el bien por el bien; para él la virtud es potencia, valor y energía, sin que nada tenga que ver esta cualidad con las obras á que se aplica, y que pueden ser buenas ó malas, según sus resultados y según se las mira; y en este concepto puede haber obras grandes y gloriosas calificadas, sin embargo, de crímenes. Dos fines políticos admite como supremos é invariables: la unidad de Italia, y la libertad é igualdad entre los hombres; y estos dos objetos encuentra justamente hasta cierto grado opuestos al espíritu de la Iglesia, que sanciona la distinción entre hombres libres y esclavos, y predica la obediencia y sumisión á la autoridad, aunque esta sea ilegal.

Ideas semejantes á las expuestas campean en el libro de

*El Príncipe*, que no es una disertación puramente teórica sino una obra escrita en vista de las circunstancias dominantes en aquella época y en aquel país, adaptada á ellas y originada por el proyecto, entonces existente, de fundar un nuevo Estado en Parma ó Módena para Julian de Médicis. Pero fuera de la analogía del espíritu y de las ideas fundamentales, se diferencia esta obra de los *Discursos* en que en estos últimos busca el autor sus ejemplos en la historia antigua de Grecia y de Roma, mientras en la primera los saca de la historia entonces moderna de los pueblos italiano y francés. En los *Discursos* se refiere Maquiavelo á las repúblicas, y en *El Príncipe*, fiel á este título, á los países monárquicos, á un príncipe nuevo de un Estado nuevo también, á un príncipe como lo reclamaba el estado corrompido político, religioso y social de la Italia de entonces. Se refiere á un príncipe á quien conocía, que no retrocedía ante ningún crimen si este crimen convenía al bien de su Estado y de su propia persona; se refería en una palabra á César Borgia, que en la Romanía se había creado un Estado, bien que muy transitorio, según los principios modernos de Maquiavelo. Este príncipe era, como Maquiavelo lo pedía en su obra, duro, cruel, astuto y ladino, lobo y zorro; ajeno á toda virtud, pero aprentando muchas; apoyándose en el pueblo, al cual debía su poder y con el cual contaba para sostenerse; accesible al movimiento intelectual y artístico modernos, sin ganas de hacer sacrificios en su favor; enemigo de la Iglesia y de los extranjeros, á quienes siempre estaba á punto de atacar y de rechazar; partidario entusiasta de la unidad de Italia y dispuesto á fomentarla con todas sus fuerzas; en suma, un príncipe italiano propio y expreso para la época del Renacimiento.

Entre los demás escritos de Maquiavelo hay todavía algunos notabilísimos, por ejemplo, sus relaciones de embajador, importantes para estudiar la marcha de los sucesos políticos y la diplomacia de aquel tiempo; sus trabajos históricos y biográficos, y los de ciencia militar, que forman parte de su sistema político, pero ni estos trabajos, ni la parte que tomó Maquiavelo en el movimiento del Renacimiento, ni su conocimiento de las lenguas antiguas, puesto en duda por muchos, son materia para tratarla aquí; únicamente diremos algo sobre su comedia: *La Mandrágora*, la más notable de sus producciones poéticas, no precisamente por su valor poético sino por la idea que nos da del espíritu, de las costumbres y de la moralidad de aquel tiempo. Escribióla Maquiavelo en el destierro, apartado de la política, para distraerse, según él mismo dice, y divertir á sus amigos. El enredo es sencillísimo; un matrimonio compuesto de Lucrecia y Nicias, hombre orgulloso y hosco, desea tener prole; Calímaco, enamorado de Lucrecia, promete llenar por medios mágicos los deseos de los dos y se hace, con este objeto, introducir en la casa por un amigo del marido. En relación ya con los dos esposos, recomienda la yerba mandrágora, que la mujer ha de tomar para estar dispuesta á la concepción, pero añade que el primer hombre que se le acerque, morirá. El marido, que no quiere morir, deja al pretendido médico la peligrosa primicia, después que la esposa, mujer casta y virtuosa, se ha dejado convencer por las instancias de su propia madre y de su confesor. Poco á poco se enamora del astuto mago, y ya no le deja, aunque sabe positivamente que será madre. Sintiendo mujer perdida, culpa de ello á los demás y dice en una escena al amigo que ha introducido al mago en su casa: «Pues que tu astucia, la necesidad de mi marido, la simpleza de mi madre y la afición de mi confesor me han inducido á hacer lo que jamás habría hecho por mí sola, creo que el cielo lo había destinado así y no tengo ya fuerza para rechazar á aquel á quien el mismo cielo me impone.»

No es posible ir más lejos. En *La Calandra*, de Bibbiena, salen victoriosos el libertinaje y la astucia, y la moral pierde, pero en la comedia de Maquiavelo se engaña á un hombre tonto y confiado, se empuja á una mujer casta al vicio, y triunfan la sensualidad y el embaucador.

Bajo el punto de vista de la moral y del arte, merece la preferencia la comedia de Bibbiena, en la cual cada personaje habla conforme á su carácter, el simple habla como tal, mientras en *La Mandrágora* es cabalmente este carácter, el marido Nicias, el encargado de decir las cosas picantes sobre la religión y la política, sobre el pueblo de Florencia y sobre la conducta corrompida y corruptora del clero. *La Calandra* tiene más alusiones libertinas, más groseras y directas, pero en general es menos desmoralizadora que *La Mandrágora*, que es la desmoralización misma, y precursora del género liviano que dió origen á toda una literatura. El sumo pontífice de esta literatura fué Pedro Aretino, que vivió desde 1492 hasta 1552, pero que no debe el alto puesto que ocupa en la historia de la literatura italiana á sus comedias, en las cuales figuran con espantosa realidad mujeres perdidas y sus rufianes, sino á sus novelas y diálogos, y más que todo, á sus cartas.

En una de sus obras dice de sí mismo este autor: «Sin solicitar empleos, sin servir en las cortes, sin mover siquiera un pie, he hecho tributarios de la virtud á todos los duques, príncipes y reyes; por mí se cobra, pues, fama en todas partes; en la Persia y la India conocen mi retrato y es respetado mi nombre;» y no exagera mucho respecto de la sumisión de los potentados, y aun podría haber añadido de los artistas, literatos y poetas, solo que cometió en lo que dijo una superchería por demás grosera, porque bajo el nombre de la virtud aludió á sí mismo, y su pasión y capricho fueron durante toda su vida obligar con su pluma á los potentados de la tierra á inclinarse ante él, simple literato.

Para comprender una posición tan poderosa, excepcional y casi increíble, si se considera la época y la humildad casi rastrera de los escritores, es preciso conocer el estilo vigoroso, variadísimo, flexible, habilísimo y original del autor; su universalidad de conocimientos, su asombroso talento para conocer y penetrar á los hombres con quienes estaba en contacto, adaptarse al carácter de todos y ver al instante sus lados flacos, y por último, su infatigabilidad para arrimarse á los personajes elevados sin dejarse desanimar nunca aunque se frustrasen sus tentativas y embestidas repetidas. Agréguese á esto el poderoso auxilio de la sed de fama que dominaba entonces á todas las personas de talento ó de posición algo distinguida, que buscaban con afán quien las elogiara con su pluma, y mucho más á un escritor poderoso que como Aretino era conocido, temido y obsequiado de todo el mundo; porque si grande era el deseo de aquella gente de cobrar fama é importancia, mayor era su temor á la crítica y sobré todo á la sátira, de la cual no se libraban las personas más encumbradas y más inviolables. Así no miraban en sacrificios para hacer enmudecer á este Aretino, el murmurador más escandaloso, satírico y mordaz de su siglo, que se llamaba á sí mismo «el azote de los príncipes;» nombre acertado, aunque no en el sentido que él entendía, á saber, un instrumento enviado de Dios para castigar á los malos y favorecer á los buenos, sino en el de plaga que atormentaba á quien le placía, siendo él mismo peor que sus víctimas. Hombre sin principios en política, sin moralidad, poeta muy mediano, y falto de todo sentimiento ideal, pretendió entrometerse en los destinos de los pueblos y países, elevarse á juez de los demás, sin exceptuar las personas realmente virtuosas, decidir en última instancia del mérito y fama de los poetas y demás literatos y designar á cada artista el lugar que á él le